

FASCISMO Y POESIA

JULIO RODRIGUEZ

PUERTOLAS

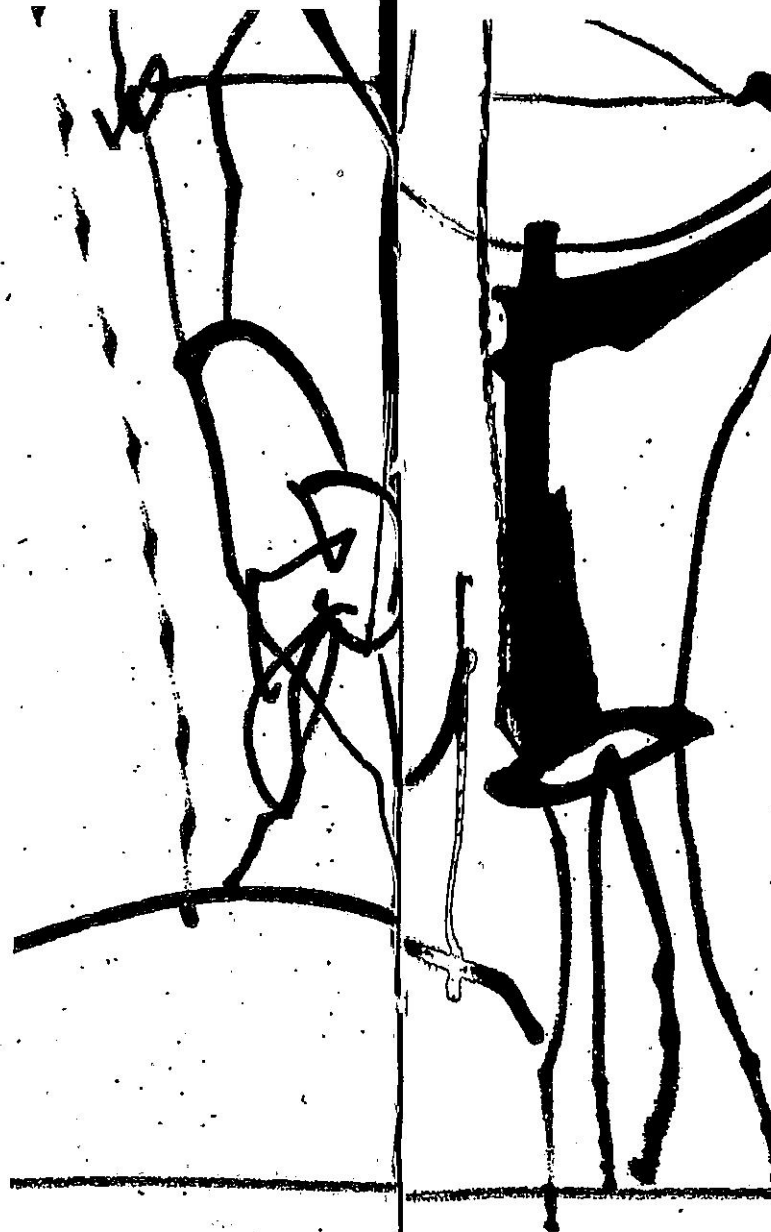
Ocioso sería todo intento de probar aquí lo obvio; esto es, las conexiones de todo tipo existentes entre el fascismo español y los fascismos europeos de la «época heroica», así como la extraordinaria capacidad de mimetismo del movimiento fascista español. Lo mismo ocurre con los conceptos acerca de la cultura y el arte, de la literatura. Siguiendo esta línea, ya en 1935, Ernesto Giménez Caballero, el teórico del fascismo español, declaraba ambiciosamente su deseo de llegar a ser el Goebbels hispano, es decir, el ministro de Propaganda:

Yo os pido, fascistas de España, que seáis piadosos conmigo cuando triunfemos. ¡Dadme ese Ministerio! ¡Sólo os lo cambio por un sillón de Gran Inquisidor!

Y, en efecto, el mismo vociferante adalid pudo declarar sin ambages de ningún tipo que, sencillamente, «el Arte es Propaganda». Esto es, inductrinamiento, «educación». Así reconocía tan alta misión la revista zaragozana *Letras* en noviembre de 1938:

Educar el gusto del gran público, hasta ahora estragado por lecturas perniciosas, y sugerir la afición por las buenas letras. ¡También eso es hacer Patria!

Sin duda. Esa misma revista educaba a su público con unas coplas tituladas «A los ro-



jos, unas puyas en rípiosas aleluyas», en que los dirigentes republicanos aparecían, por ejemplo, así:

Este tipo nauseabundo
cree que es el eje del mundo,
cuando sólo es un bribón
que en lugar de corazón
tiene bilis, ácido úrico,
permanganato y sulfúrico.

(Azaña)

A Pasionaria se imputa
que es una grandísima bruta.
Hasta por nombre embustero:
ni es Largo ni Caballero.

En los textos fascistas, como se ha dicho, están presentes el grito y el rito. Retórica y semántica, también la sintaxis, están al servicio de la Propaganda; ya Mussolini lo había dicho bien claro: «las palabras tienen un tremendo hechizo». A través del terrorismo lingüístico se llega al «imperialismo semántico», a una retórica obsesiva y obsesivante que golpea con violencia, con la cual se intenta conseguir la sumisión irracional y la transformación verbal de la realidad. No deja de resultar significativo que el señor Ricardo de la Cierva —efímero ministro de Cultura de la España democrática— escribiera en 1969 que a los escritores fascistas españoles

se les acusa injustamente de fabricantes de oropel. Fueron, sí, fabricantes de sueños: pero era una excelente retórica.

La semántica, de nuevo, puede engañarnos: sin duda hay alguna diferencia entre *sueños* y *pesadillas*.

José Antonio Primo de Rivera, jefe de *Falange Española*, había proclamado en el discurso fundacional de su partido (1933) que

a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

El propio Primo de Rivera era, en efecto, poeta, y tanto, que se permitía corregir y pulir los poemas de uno de sus correligionarios, también poeta, Dionisio Ridruejo. Así lo declaraba el propio Ridruejo en sus *Casi unas memorias*:

Quando leí un soneto con versos agudos al final de los tercetos, me hizo observar que ese acento —empleado por los modernistas— corrompía el ritmo del endecasílabo, que era muy delicado.

Pues los propios conductores fascistas son los más grandes poetas. Así, Mussolini, según Pirandello, quien al comentar la conquista de Abisinia dijo que «el autor de esta gran obra es él mismo un Poeta que sabe bien su propio papel». Y así también Franco, según Manuel Machado:

Pocos son los hombres a quienes la Providencia ha concedido el privilegio de realizar la poesía de la Historia.

Con tan extraordinarios inspiradores, no es de extrañar que los poetas fascistas se lancen a arriesgadas declaraciones de principios, en que se habla del Ser Absoluto, del Espíritu, de Nuevo Renacimiento, de Fe, de Valores Eternos. Frente a tales exquisiteces totalitario-poéticas, los escritores del fascio español no pierden ocasión de denigrar a los poetas republicanos. Una muestra antológica apareció el 28 de mayo de 1939 en el ABC de Madrid. Su autor, Agustín de Foxá; título del artículo: «Los Homeros rojos»:

Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso, son los tristes Homeros de una lliada de derrotas. Porque sólo fulge el soneto como un diamante cuando lo talla una espada victoriosa... La poesía



roja es químicamente pura, deshumanizada, y tenía que concluir en el marxismo, concepto helado, simple esquema intelectual de la vida y el alma del hombre... Desarraigados de la Patria... sin ninguna norma moral, los poemas de Alberti, de Cernuda, de Miguel Hernández, son unos poemas de laboratorio, sin fuerza ni hermosura, equívocos, cobardes y llorones...

Frente a estos poetas de la República, degenerados y amorales, veamos quiénes son los falangistas y cuál es su producto lírico y épico. Veamos en qué modo la ideología, las irracionalidades y los mitos del fascismo al hispánico modo se han traducido en materia poética.

El fundador de *Falange* murió fusilado por los republicanos en noviembre de 1936. La mitificación fue inmediata: Primo de Rivera pasó al panteón fascista español con el nombre de *El Ausente*. En la Barcelona de 1939, al poco de «liberada», apareció la *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, compilación de diversos autores entre los que figuran Gerardo Diego, Alvaro Cunqueiro, Pedro Laín Entralgo, Manuel Machado, Eduardo Marquina, Eugenio D'Ors, Dionisio Ridruejo, Leopoldo Panero, José María Pemán, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco; el volumen se abre con un dístico latino de Antonio Tovar. Veamos el final del soneto de Gerardo Diego (recién y democrático *Premio Cervantes*):

Por ti, porque en él aire el neblí vuele,
España, España, España está en pie, firme,
arma al brazo y en lo alto las estrellas.

Eugenio D'Ors identifica a España con José Antonio; Pemán no se queda corto y afirma:

La obra tuya, ¡qué clásica y serena!
La obra de Dios en ti... ¡qué hondo misterio!

A niveles más modestos de autoría, pero no de intenciones y comparaciones, y

fuera ya de la citada *Corona de sonetos*, Ernesto Burgos escribe:

Como Cadmo, lo mismo que Hércules, Igual que Sigfrido, José Antonio renueva la fábula del dragón vencido.

Y José María Amado publica en *Dardo* (Málaga, Semana Santa de 1938) un *Vía Crucis* joseantoniano; cito aquí la «Decimotercera Estación» de esta prosa poética:

Jesús en brazos de su Santísima Madre: Y la Falange se entregó a los brazos gloriosos del Jefe y Caudillo, camarada y hermano, el alma en orgullo, al poderle ofrecer el holocausto triunfal de tus centurias luchadoras.

Pues es, en efecto, Franco; el carismático, el *Caudillo*, el *Generalísimo*, quien se lleva la palma de los elogios rimados. Si José Martínez Arenas puede llamarle «bravo polemárga, / noble patriarca, / timón de la barca», José R. Camacho declara que «por ti somos lo que somos, / te debemos la verdad / de ser hombres». Dionisio Ridruejo compuso un «Soneto a Franco», una de las piezas artísticamente más serias sobre el *Caudillo*, de total mitificación, un *Caudillo* que es, entre otras cosas, «Padre de armas y paz». Dentro de los elogios a Franco, una subdivisión se dedica al fascinante asunto de su sonrisa. Abundantes poetas dedican sus versos a tan inspirador tema. Así, Manuel Machado, el viejo modernista:

Caudillo de la nueva Reconquista,
Señor de España, que en su fe renace,
sabe vencer y sonreír y hace
campo de paz la tierra de conquista
.....
para un mañana que el ayer no niega,
para una España más y más España,
¡la sonrisa de Franco resplandecer!

Un poeta de antaño recuperado por el fascismo, Eduardo Marquina, dirá que



en aquel humanismo de la viril sonrisa
con que ecuaníme Franco da luz a las batallas
se incuban ya los días de todos los días.

Los poetas del fascio español buscan las raíces de su obra literaria y política en el pasado, en la Tradición. Para Manuel Machado las cosas están claras:

Reniega de una pseudociencia...
Vuelve a tu tradición, España mía.
¡Sólo Dios hace mundos de la nada!

Se hace preciso regresar a una España previa al siglo XVIII: la de Flandes, Lepanto, Trento, El Escorial, Isabel. El gran cantor del tradicionalismo es José María Pemán, ya desde antes de la guerra civil. Y ya en marcha ésta, publica su magno *Poema de la Bestia y el Angel*, obra que merece algún detenimiento. Según Pemán, el destino de la España renacida es *divinal*, pues

Otra vez sobre el libro azul que baña
la luz naciente en oro ensangrentado,
el dedo del Señor ha decretado
un destino de estrellas, para España.

Hitler y Mussolini, como radiantes águilas,
vuelan raudas en ayuda de los cruzados españoles; el *Duce*, por ejemplo, aparece como

...un César, claro y semidivino,
con un cráneo redondo como un casco de acero
y un labio prominente que arremete al Destino.

Los enemigos de la verdadera España son masones y judíos, mas

Todo el oro judío
no podrá con el brío
y la entereza sana
de esta tierra,

y ello aunque

Sobre la piel de toro, cien narices ganchudas
como picos de cuervos, y cien barbas de chivo,
planean el reparto
de la segunda túnica de Dios.

En este poema, la habitual *horda* republicana
aparece ante, por ejemplo, el Alcázar de Toledo,
de la siguiente manera:

Así gritan, al fondo de la calleja oscura,
los bramidos de las fieras,
de mil hombres borrachos de locura
y mil sucias rameras,
en furia dé sexo hambriento y sin ternura.

Digamos, de pasada, que el *Poema de la Bestia*
y *él Ángel* llegó a ser considerado como el
poema épico de la Nueva España, y que un
autor entonces joven y después bien conocido
escribió de Pemán lo que sigue: «No creo que
poeta contemporáneo alguno haya visto más
diáfano el ser y el sentir de la poesía.»
Quien esto decía se llama Camilo José Cela.

Otro de los grandes temas de los vates
fascistas españoles es la Edad Media y Castilla.
Bastará con dos ejemplos. Federico de Urrutia
termina un romance de este modo:
«el Cid, con camisa azul, / por el cielo cabalgaba».
Y Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña
acaba otro afirmando que: «¡En Castilla y por
Castilla / España vuelve al Imperio! / ¡Myo
Cid vela por ella / desde los altos luceros!»
Y junto a Castilla, la mística rural. El último
de los poetas mencionados habla, por ejemplo,
de que «labriegos vienen y van, / labriegos
siembran y siembran / en el sayal de los
tópicos / oro de glorias pretéritas».

El fascismo instrumentaliza a Dios y a
la religión para justificar sus propósitos, fines
y acciones. Eugenio Montes proclamaría poé-
ticamente que España es «la novia de Cristo»;
Monseñor Herrera Oria, obispo de Málaga des-



pués de la guerra civil, pronunció delante del
Caudillo, y en cierta solemne ocasión, estas
palabras: *Fuit homo missus a Deo cui nomen
erat Franciscus*. Sería inútil multiplicar las
citas líricas del nacional-catolicismo fascista.
Quizá estas identificaciones aparezcan del
modo más notorio en un «Romance Azul» de
Rafael Duyos. Un falangista muere en acción;
es recibido en el Cielo por un «Jefe de Presentes»;
se establece un diálogo, en el curso
del cual el héroe recién llegado a la Gloria
dice llevar un mensaje para sus camaradas. Y
el «Jefe de Presentes» le contesta: «¡Dáselo
a la Virgen / que Ella es la que entiende de
eso!» El romance termina apoteósicamente:

Santo, Santo, Santo, Santo
Señor de los Ejércitos,
Cien mil camisas azules
están entonando el Credo,
Cien mil camisas azules
locos de Paz y de Imperio.

Esos héroes azules mueren alegremente,
pues «la muerte es un acto de servicio»,
rezaba un lema falangista. Y son muertos,
como nos enseña José María Castroviejo,
«¡...tan superiores / a los pobres viejos muertos
burgueses!». El propio Dios, como declara
Pemán, que parece saberlo sin lugar a dudas,
sabe distinguir a los muertos fascistas
de los republicanos: «Pero Dios sabe sus
nombres / y los separa en las nubes.» Pues,
en efecto, sería impropio de la sabiduría y la
justicia divinas que los héroes fascistas
pudieran compartir la Gloria con quienes,
como dijera Ángel Gordo Moreno, «...nacieron sin
padre; / aborto del mundo son». A los
engendros de la anti-España se les niega, desde
luego, el más allá, el pan y la sal, toda
posibilidad de redención. Un poema de Agustín
de Foxá, «La espiga», es bien revelador de la
conciencia clasista que latía en buena parte

del fascismo español, más allá de toda retórica «revolucionaria» y «moderna»:

Nunca, con el pretexto de un hambre milenaria, os daremos a Cristo, dormido en su custodia. Nunca la gracia, el ritmo del vals, la cortesía, el alado abanico, la espuma, el amor puro, nuestro cielo teológico, la oración y el armiño, la espada, la bandera y el Versalles monárquico tiraremos, temblando, ante el cerrado puño...

Tanta delicadeza, por otra parte, se quiebra ante la teoría y la práctica de la violencia, o ante un correlato característico, el machismo. El cual aparece paradigmáticamente en la «Canción de abril al Alférez Provisional», de Luis Camacho Carrasco:

Cada hombre siete mujeres
y cada alférez, cincuenta,
que para eso cada alférez
es siete hombres y una estrella

.....
Veinticinco tienes rubias
y veinticinco morenas,
morenas por tus heridas
y rubias por tus espuelas.

Para terminar este panorama de la poesía fascista de guerra, citaré un olvidado poema de José María Pemán, poema de difícil clasificación, como no se encaja en algo que pudiera llamarse «señoritismo andaluz vitivinícola». Fue recitado por el autor durante una fiesta en que se celebraba el feliz retorno al hogar de Tomás Domecq, liberado en Bilbao (1937) por las tropas cruzadas. Y dice así:

—¿No sabes lo que ha pasado?
—No sé nada: tú dirás.
—Pues escucha, que ha llegado
de Bilbao
el señorito Tomás.
—¡Qué alégrial!
—Tú dirás...



Es que Bilbao y Jerez
¡ya se vuelven a encontrá!
¡Ya está lograda la hazaña
que nos vuelve a la unidad!
Y se abrazan otra vez
la boina del Requeté
y la guitarra con moña:
y la Virgen de Begoña
besa a la de la Mercé.

—¿Y don Tomás? ¿Muy nervioso?
—¿Cómo nervioso? ¡Al revé!
Muy sereno y con hombría,
ya lo dice el ABC
casi todos los días:
«Para calidad, Domecq.»

El primero de abril de 1939 terminaba oficialmente la guerra civil con la implantación en toda España del *Imperio Azul*. El primer desfile de la Victoria se celebró en Madrid el 19 de mayo, con participación de unidades militares de Italia, Alemania, Portugal y soldados marroquíes. Como era de esperar, el torrente poético se desbordó con tal ocasión. No puedo citar aquí los arrebatos líricos de Pemán, Manuel Machado y tantos otros, pero sí la joya poética del momento. Es el «Cantar del Caudillo», compuesto por Ernesto La Orden Miracle en los tetrástrofos alejandrinos monorrimos del *mester de clerecía*, en fascinante actualización. He aquí unos fragmentos:

El Caudillo entraba en Madrid vencedor.
Voltean las campanas de la villa a clamor.
Infantes y jinetes le llevan en honor.
Hombres y mujeres le dicen loor.

.....
Sobre un alto tablado el Caudillo reposa,
junto a los capitanes de su hueste gloriosa.
Otra lucida gente le saluda gozosa,
y el Caudillo les habla con muy galana prosa:
«Dios os guarde, legados de la Roma fatal
y de la nobilísima Germania boreal
y de la bien amada y hermana Portugal,
todas tres predilectas de mi amor por igual.»

¡Cómo aplauden las gentes, libres ya del terror,
y lloran las mujeres, de alegría y amor!
En el fondo de su alma musita el trovador:
¡Oh, Dios, el buen vasallo ya tiene buen Señor!

Acababa así la *Cruzada*. Lo que vendría después tendría también su propia literatura, su poesía. Pero eso es ya otra historia (1).

(1) Una ampliación de este trabajo, que se ocupaba de la poesía fascista española hasta 1955, fue presentado como ponencia en el VII Congreso de la *Asociación Internacional de Hispanistas* (Venecia, agosto 1980). Algunas de las ideas aquí expuestas provienen de Umberto Silva, *Arte e Ideología del fascismo* (Valencia, 1975). Agradezco a Francisco Caudet el haberme permitido utilizar el original de un libro suyo (en prensa) sobre el tema.

SOBRE QUEVEDO Y ESPAÑA

EDUARDO GALEANO

1601/VALLADOLID

Hace veinte años que España reina sobre Portugal y todas sus colonias, de modo que puede un español pasearse por casi todo el mundo sin pisar tierra extranjera.

Pero España es la nación más cara de Europa: produce cada vez menos cosas y cada vez más monedas. De los treinta y cinco millones de escudos nacidos hace seis años, no queda ni la sombra. No son alentadores los datos que acaba de publicar aquí don Martín González de Ceyorigo en su *Memorial de la política necesaria*: por obra del azar y de la herencia, cada español que trabaja mantiene a treinta. Para los rentistas, trabajar es pecado. Los hidalgos tienen por campo de batalla las alcobas; y crecen en España menos árboles que frailes y mendigos.

Camino de Génova marchan las galeras cargadas con la plata de América. Ni el aroma dejan en España los metales que llegan desde México y el Perú. Tal parece que la hazaña de la conquista hubiera sido cumplida por los mercaderes y los banqueros alemanes, genoveses, franceses y flamencos.

Vive en Valladolid un muchacho cojitranco y miope, puro de sangre y de espada y lengua de mucho filo. Por la noche, mientras el paje le arranca las botas, medita coplas. A la mañana siguiente se deslizan las serpientes por debajo de los portones del palacio real.

Con la cabeza hundida en la almohada, el joven Francisco de Quevedo y Villegas piensa en don Dinero, que da al bajo silla, al cobarde hace guerrero y ablanda al juez más severo; y maldiciendo este oficio de poeta se alza en la cama, se restriega los ojos, arrima la lámpara y el tintero, y de un tirón, se saca de adentro los versos que no lo dejan dormir. Hablan los versos de don Dinero, que